
El fracaso como estructura existencial que determina el rumbo del medio ambiente¹

Jesús Enrique Beltrán Virgüez

Resumen

El fracaso es un término usado con recurrente frecuencia en la contemporaneidad, sobre todo en el estudio del capitalismo y de su configuración: el concepto de fracaso se ha convertido en el pivote de su operación, por no decir del sentido de la contemporaneidad. Ha tomado tanto valor que puede ser considerado uno de los principales motores de la actividad del hombre actual en todas sus dimensiones. Fracasar es el mayor temor de la vida actual, y en este sentido el hombre desarrolla todas sus actividades y se concentra en evitar fracasar. Esta lucha tiene implicaciones en el orden, el balance, las condiciones económicas, sociales y ambientales. Es así como, mediante un ejercicio hermenéutico, se desarrollará un análisis del fenómeno del fracaso con el objeto de caracterizar su papel en la crisis ambiental que afronta el mundo actualmente.

Palabras clave: Ambiente, Capitalismo, Consumo, Impacto ambiental.

¹ Profesor de la Corporación Universitaria Minuto de Dios y de la Universidad Central. Administrador de empresas, especialista y magister en Filosofía Contemporánea. Estudiante de Doctorado en Filosofía, Uned. Orcid 0000-0002-9473-3285. Correo: jbeltranv2@ucentral.edu.co

El problema que todos conocen, pero que se desvanece ante la ocupación

Al analizar el panorama mundial en términos sociales y ambientales, el resultado no es muy alentador. El mundo está atravesando un momento determinante para el futuro del planeta, incluso si se considera que ya pasó el tiempo preciso para lograr resultados contundentes. Algunos datos resultan esclarecedores entre los rumores que en las calles ya se escuchan, pero que aún no se asumen: de acuerdo con el Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) Sixth Assessment Report,

Aproximadamente 4000 millones de personas están actualmente sujetas a una grave escasez de agua durante al menos un mes al año debido a factores climáticos y no climáticos, y se prevé que esto exacerbe a 34 niveles más altos de calentamiento (nivel de confianza medio) (pp. 4-13).

Como diversos expertos han referido, la escasez de agua se va haciendo mucho más frecuente con el paso de los años, y conforme se eleva el calentamiento global. De mantener los ritmos actuales en los niveles de calentamiento y contaminación, el planeta se dirige a un escenario en el que la ausencia de agua será el determinante de los conflictos futuros (Wallace-Wells, 2019).

Guerrero, Rangel y López (2017) afirman:

...la temperatura promedio del planeta para el año 2030, la cual va a oscilar entre los 14,55 y 16,33°C. La temperatura promedio es de 15,44°C. A modo de comparación, la temperatura en el año 1850 era de 14,71°C y en 2016 fue de 15,43°C. Contando con que las actividades humanas no cambien "pero podemos asegurar que las actividades humanas se irán incrementando, aún exponencialmente", el modelo nos da un escenario de hasta 16,33°C.

Los niveles de temperatura elevados, sumados a la escasez de agua, son factores bastante problemáticos a la hora de lograr vidas exitosas y prosperas: los recursos no pueden reproducirse de manera similar a la de los bienes de consumo habituales; la producción de agua y de ozono en la atmósfera no se rige bajo la misma dinámica que una fábrica de calzado, ropa o enseres. Las necesidades de sombra, lluvia y frío resultan un capricho que supera solamente los asuntos de moda y consumo.

La preocupación por la predicción sobre el aumento de la temperatura, expuesta previamente, se complementa con los factores indicados por el IPCC (2021):

...con el calentamiento climático continuo y un aumento en la frecuencia e intensidad de los eventos extremos, se prevé que continúen los aumentos ob-

servados en la temperatura del agua, las pérdidas de hielo y los cambios en el régimen térmico (nivel de confianza alto).

Según lo previsto a partir de observar el rumbo que lleva la "civilización" en los últimos siglos, pareciera claro que nos exponemos de forma acelerado a un escenario futuro apocalíptico. La humanidad le apuesta a factores que, sumados, desencadenarán un final catastrófico para los habitantes del planeta. Lo que en muchos casos se desdibuja en lo carnavalesco de la vida de las ciudades (en los campos, por su cercanía con el ecosistema, hay un poco más de sensibilidad es que el cambio climático es una realidad y que, tal vez por sus características abismales, preferimos negarlo e ignorarlo que hacerle frente (López, 2021).

El cambio climático antropogénico ha causado cambios latitudinales y altitudinales del bioma en al menos 19 sitios en ecosistemas boreales, templados y tropicales entre 1700 y 2007, donde la temperatura aumentó de 0,4° a 1,6 °C por encima del período preindustrial (evidencia sólida, acuerdo alto). Casos adicionales de cambios de bioma de 5 a 20 km hacia el norte y de 20 a 300 m cuesta arriba entre 1860 y 2016, con un aumento de la temperatura global media de aproximadamente 0,9 °C por encima del período preindustrial, son consistentes con el cambio climático (evidencia media, nivel de acuerdo alto) (IPCC, 2021, p. 2-45)

Por *cambio climático antropogénico* se entiende el efecto de la alteración del clima producto de la actividad humana. Este tipo de cambio se diferencia de las alteraciones propias de orden natural; en términos generales, hace referencia a las actividades propias del hombre, como el uso de combustibles fósiles, que llevan a una alteración de las condiciones naturales del clima (Zaar, 2021). Es importante prestar atención a las alteraciones sufridas entre el periodo preindustrial y la era industrial, pero sí hay evidencia de un impacto directo de los modelos productivos basados en el uso de combustibles fósiles, modelos que terminan determinando el calentamiento global. No sobre decir que estos modelos también se basan en la fabricación de diversos ítems para satisfacer las necesidades de consumo al amparo de un ideal preciso de progreso. La evidencia del crecimiento de la temperatura a nivel global es a su vez muestra de cómo el comportamiento del libre mercado, y la tensión entre oferta y demanda, al final emite factura en términos medioambientales.

La evidencia de campo muestra que el cambio climático antropogénico ha aumentado el área quemada por incendios forestales por encima de los niveles naturales en el oeste de América del Norte en el período 1984-2017, con aumentos de la temperatura superficial media glo-

bal de 0,6°C-0,9°C, aumentando el área quemada hasta 11 veces en un año extremo y duplicación del área quemada sobre los niveles naturales en un período de 32 años (nivel de confianza alto). (IPCC 2021 p. 2-54)

La calidad de vida de las generaciones futuras —como se ha venido reiterando con mayor claridad y énfasis desde 1987, con el informe Brundtland— parece desvanecerse ante la realidad. Los informes no mejoran con el paso del tiempo, y los diferentes síntomas de afectación ambiental se hacen más palpables. La creación de estrategias enmarcadas en los compromisos de los países en términos de política pública, al parecer, pierde valor ante las tendencias de consumo y los intereses de las grandes corporaciones.

El enfoque actual para enfrentar el problema está orientado a comprometer a los países mediante acuerdos que no se perfeccionan, que carecen de sustento en la conciencia y el espíritu popular, y que en parte desconocen o, al menos, no quieren admitir la realidad ambiental. Si bien es cierto que los gobiernos desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de políticas públicas que apunten a nuevas formas de organización económica, también es una realidad la influencia que tienen las corporaciones empresariales en las tendencias de consumo.

El informe del Banco Mundial con respecto de las basuras indica una situación nuevamente preocupante en cuanto al impacto que generan los residuos sólidos: es evidente un crecimiento en términos que sobrepasan lo que se gestiona de manera responsable y segura. De acuerdo con los datos del Banco Mundial:

El mundo genera 2010 millones de toneladas de residuos sólidos municipales anualmente, de los cuales al menos el 33%, de forma extremadamente conservadora, no se gestiona de forma segura para el medio ambiente. En todo el mundo, los desechos generados por persona por día tienen un promedio de 0,74 kilogramos, pero varían ampliamente, de 0,11 a 4,54 kilogramos. Aunque solo representan el 16 por ciento de la población mundial, los países de altos ingresos generan alrededor del 34 por ciento, o 683 millones de toneladas, de los desechos del mundo (Kaza, Yao, Bhada-Tata y Van Woerden, 2018).

La realidad del manejo de los residuos sólidos es realmente preocupante dada la cantidad y el crecimiento significativo de la población. Ese crecimiento está relacionado de forma directa y dramática con la multiplicación de residuos. Por otro lado, los países de altos ingresos tienen un nivel mayor de residuos, lo que hace pensar, en primer lugar, si el tener mayores ingresos favorece una dinámica mayor de consu-

mo y un mayor número de desechos. La dinámica tecnológica y las tendencias cambiantes de consumo, la sobreoferta de productos y sustitutos genera una dinámica mayor que no favorece el uso extendido de diferentes productos; por el contrario, se acelera el desuso de productos y aumentan los caudales de basura. Nuevamente, en nuestros tiempos el consumo se percibe no directamente desde la "racionalidad" económica, sino desde el consumo impulsivo. El consumo y la producción irresponsables e irracionales son de los factores más importantes que contribuyen al deterioro permanente de las condiciones medioambientales.

Luego de revisar algunos de los elementos característicos del escenario ambiental actual con la ayuda de diversas fuentes, resulta pertinente identificar el papel que juega el horizonte de comprensión de las relaciones entre los hombres y la naturaleza a partir del concepto de *fracaso*. Esta descripción favorecerá alternativas de análisis del problema para a su vez proponer mecanismos para afrontar, desde un nuevo frente, la situación de gravedad que se presenta. Es preciso entonces, para mostrar la tesis que persigue este trabajo, rastrear a que nos referimos cuando usamos el termino *fracaso*.

¿Qué es el fracaso?

Fracasar, de acuerdo con el Diccionario de la Lengua Española, proviene del italiano *Fracassare* (2021). De acuerdo con Corominas (1987), significa

frustrarse, tener resultado adverso', 1625; antes 'destrozar, hacer trizas', 1605, y 'naufragar (una embarcación)', 1650. Del it. *fracassare* 'destrozar', 'quebrar ruidosamente', princ. S. XIV, deriv. del anticuado *cassare* 'romper' (este del fr. *casser* id., lat. *quassare*). deriv. Fracaso, 1615. Fracasado (p. 279).

Se reconoce entonces este término como moderno. Se estima que su aparición se da con un siglo de diferencia a la invasión de América, y que coincide con el surgimiento de la modernidad. Son bien conocidas las críticas formuladas desde la escuela de Escuela de Frankfurt al ideal de progreso, expresadas con claridad, por ejemplo, en los textos de Marcuse (1987). Ese autor muestra la orientación unidireccional del hombre en términos ideológicos a partir de la unificación de las intenciones y la parálisis de la crítica, así como de la oposición al rumbo del mundo industrializado, con las consecuencias que ello implica. Así el estudio del fracaso como fenómeno de homogenización cobra sentido.

El fracaso se inscribe, entonces, como el motor mediante el cual es po-

sible que las sociedades industrializadas avancen sin ninguna oposición seria y, sin él, ni siquiera es posible que se consideren alternativas de organización distintas al neoliberalismo. En ese entender, la forma de organización por excelencia en el siglo XXI —no la única ni la principalmente— se cimenta, no solo en el dominio militar y la fuerza bruta, sino ante todo en el dominio cultural y la conquista anímica. Ya lo advertía Horkheimer (2007): "En la enigmática disposición de las masas técnicamente educadas a caer en el hechizo de cualquier despotismo, en su afinidad autodestructora con la paranoia populista: en todo este incomprendido absurdo se revela la debilidad de la comprensión teórica actual" (p. 53).

El hechizo al que se refiere Horkheimer dejó de serlo, y se transformó en una disposición afectiva, en un modo de comprensión enraizada en lo más profundo del ser contemporáneo: el temor al fracaso. Sin embargo, no es posible comprender este temor sin identificar su fuente y sus lineamientos, que son establecidos fundamentalmente por la idea de progreso. En el sistema de ordenamiento económico, son claros los niveles en los que la idea de progreso se ha venido segmentado, y es preciso encontrar en las sociedades actuales estra-

tificaciones o segmentaciones del ideal de progreso: en cualquiera caso, no se trata de una noción a la deriva, sino que está plenamente definida de acuerdo con los niveles socioeconómicos. Marcuse (1987) ofrece una orientación estructural del sentido del término:

"Progreso" no es un término neutral; se mueve hacia fines específicos, y estos fines son definidos por las posibilidades de mejorar la condición humana. La sociedad industrial avanzada se está acercando al estado en que el progreso continuo exigirá una subversión radical de la organización y dirección predominante del progreso (p. 46).

Los fines específicos definidos a partir de este ideal, como se ha mencionado, son enmarcados en un ideal general. Sin embargo, a nivel operativo se desagregan y se diversifican en términos fácticos de trabajo y consumo. La idea de progreso invoca una noción generalizada y, en términos de Marcuse, *masificada*; esta idea orienta los esfuerzos humanos en general a acercarse a ella. En algunos casos este ideal se representa, por ejemplo, en la marca de un vehículo; en otros, en adquirir el vehículo; en otros, en una foto con el vehículo. Cada individuo en un mundo en el que prima la individualidad, la búsqueda particular por alcanzar el progreso a la medida de sus condiciones.

La configuración de las sociedades industriales avanzadas ha dado lugar a un contexto que aglutina a la totalidad de las relaciones sociales: el temor al fracaso guía a la humanidad y, con cierta claridad, se muestra al hombre distante de las reflexiones sobre el impacto de sus decisiones de consumo. Lo que podría denominarse *autonomía* se ha desvanecido en criterios de consumo masificados que conducen a la irresponsabilidad, y cuyo motor principal, según este análisis, es el ideal de fracaso. Es preciso, entonces, profundizar en este fenómeno y en sus implicaciones. El hombre está rodeado de toda clase de manifestaciones de fracaso; su temor se ha enraizado de manera tal, que parece no haber alguien que no experimente este escenario. Para lograr identificar con claridad la fuente de este sentir, de ese imaginario colectivo y para entender cómo la lucha por evitar el fracaso encauza todos los esfuerzos del mundo contemporáneo, es preciso adentrarse en el contexto del modelo económico; así, quizás pueda ser posible identificar cómo se expresa esa pugna contra el fracaso y cuáles son los fenómenos comportamentales que emergen en esta contienda.

El contexto del capitalismo

Ya no se suelen encontrar críticas tan directas al capitalismo; por el con-

trario, la literatura en su favor rebasa por mucho la crítica: "Los conceptos de autonomía, descubrimiento, demostración y crítica dan paso a los de designación, aserción e imitación. Elementos mágicos, autoritarios y rituales cubren el idioma" (Marcuse, 1987, p. 115). Pese a ello, es fundamental conocer cuál es la estructura de operación del capitalismo, aunque esto resulte impopular. Con el propósito de identificar el motor de fondo que mantiene el orden económico, es necesario reconocer la estructura del sistema que es responsable de la situación actual de la relación del hombre con la naturaleza, y que nos ha llevado a la actual crisis ambiental.

El modelo neoliberal que ha sido acogido abiertamente en el mundo como una versión más desarrollada del capitalismo se puede sintetizar conforme lo expuesto por Calvento (2006): "La importancia de lo social en dichas propuestas ha sido claramente secundaria. En la política económica propuesta dominaba una clara hegemonía de los mecanismos del mercado y una concepción de 'lo social' restringida en el interés individual" (p. 49).

Es evidente que en las economías actuales la operación de los modelos descansa en el interés individual: de él se desprenden los ideales de libre empresa

y competencia. Así, el propósito fundamental del capitalismo se concentra en promover condiciones para el desarrollo de las actividades individuales y, como efecto de este proceso, en diferentes individuos las actividades sociales derivan de los intereses individuales: "Al analizar las principales variables de la corriente neoliberal se puede vislumbrar que la concepción individualista imprime su característica central, junto con la primacía dada al mercado. Estos valores se corresponden con el predominio del sentimiento de responsabilidad individual" (Calvento, 2006, p. 49).

La responsabilidad individual tiene un amplio sentido en términos del accionar cotidiano de los individuos y de sus sistemas de planeación de la vida: justamente esta responsabilidad individual se enmarca en un quehacer que reacciona a estímulos y a los límites que establece el actuar. Así, la responsabilidad involucra tanto los factores motivacionales como los límites de su actuar. Lo que se comprende por *individual* realmente comprende tanto a los actores-consumidores como a los actores oferentes; en otras palabras, individuos que compran e individuos que producen. En términos generales, los móviles de las actividades económicas de los individuos responden a unos ideales que establece el mercado.

Si se considera que el propósito fundamental de la actividad comercial tiene que ver con el intercambio de bienes, debemos decir que el móvil para la adquisición de esos bienes se da por diferentes factores. Así, la decisión que toma el consumidor involucra diferentes consideraciones, depende del nivel adquisitivo y de la realidad social particular.

En suma, la responsabilidad que descansa en la libertad es fundamental en el modelo económico. Al final, esta idea parece tener mucho sentido; sin embargo, la primacía de la libertad económica genera una evidente multiplicación de diferentes problemas: la ausencia de justicia, la inequidad o el desarrollo de las posibilidades. Este problema es expresado por Amartya Sen (2000) en su noción de desarrollo. Eva Illouz (2020), quien usa las ideas de Marx, indica el riesgo que implica la libertad en tanto que puede permitir el "florecimiento irrestricto de las desigualdades" (p. 26). Enseguida, precisa con una cita de Catharine McKinnon: "Privilegiar la libertad sobre la igualdad, la libertad sobre la justicia, no es sino liberar aún más el poder de los poderosos" (citada por Illouz, 2020, p. 26). La perspectiva descrita aclara considerablemente el panorama del neoliberalismo, en el que la prioridad sobre la libertad ha descansado en

la libre apertura a las desigualdades vía ejercicio de la libertad de los poderosos económicamente. Así, la relación que funda la libre empresa también funda la libre configuración de desigualdades.

Las libertades de los poseedores del capital transforman las condiciones sociales. De tal forma se organiza y se coordina la vida en sociedad. Ese aparente dinamismo que genera la libre economía —o los términos por excelencia que involucran las preocupaciones de los industriales, y sobre los que se preocupa la vida académica, como competitividad, productividad, innovación— son movimientos que se generan en un mismo lugar para la mayoría de la población. Siguiendo a Marcuse:

Por debajo de su dinámica aparente, esta sociedad es un sistema de vida completamente estático: se auto-impulsa en su productividad opresiva y su coordinación provechosa. La contención del progreso técnico va del brazo con su crecimiento en la dirección establecida. A pesar de las cadenas políticas impuestas por el statu quo, mientras más capaz parezca la tecnología de crear las condiciones para la pacificación, más se organizan el espíritu y el cuerpo del hombre en contra de esta alternativa (1987, p. 47).

La organización de la economía implica, no solamente, como es natural, el orden de los factores de producción,

sino su misma disposición y sus intereses. En esta lógica de ordenamiento y preparación, los mercados han abarcado o desplazado los escenarios que correspondían enteramente a la vida social, personal y familiar:

...el capitalismo ha transformado muchos ámbitos sociales en mercados, que ha hecho de la acción social una acción reflexiva y una decisión, y que la elección ha devenido en una nueva forma social de importancia clave, a través y dentro de la cual la subjetividad moderna se comprende y se realiza a sí misma en todos o en casi todos los aspectos de la vida (Illouz, 2020, p. 33).

Las transformaciones se articulan en un *telos* que converge en una idea de progreso-éxito, que se yuxtapone en distintas capas. Como todo proceso de decisión racional, de libre decisión, el fin define unos medios para su logro. En este caso, los medios son hombres, pero no todos los hombres, sino aquellos que proveen de trabajo y consumo el equilibrio del sistema económico. Los medios deben estar provistos de motivaciones lo suficientemente interiorizadas para garantizar su obediencia en el reinado de la libertad. Esa motivación en el individuo actual se caracteriza más por su temor al fracaso que por su deseo de éxito o del anhelado progreso. Por ello, la motivación fundante que sostiene la actividad económica se

enraíza en un profundo sentimiento, una estructura afectiva, al mejor modo del temple de ánimo postulado por Heidegger (2003): una experiencia que atraviesa la totalidad de las posibilidades de acción del hombre contemporáneo. Esa profunda estructura emocional es el miedo estructural a fracasar.

El temor al fracaso como estructura emocional

El modelo económico se ha convertido en un elemento fundamental en la vida del hombre. Es así a tal punto que la vida en su totalidad gira en torno a esa noción. A tal punto se ha orientado la vida en términos de lo que implica el modelo neoliberal, que el capitalismo se ha fusionado con nuestros cuerpos en el sentido biológico. Un reciente artículo, “Microplastics found in human blood for first time”, del periódico *The Guardian*, que firma Damian Carrington, señala que el plástico ya circula por los torrentes sanguíneos de los seres humanos. El uso y disposición de los recursos naturales que se presentan en forma de plástico en diferentes envases para uso diario, como botellas de agua y recipientes para los alimentos, y que son usados por millones de personas en el mundo, además las partículas que se respiran, son algunos de los medios que cita el

artículo por los cuales es posible que el plástico acceda al interior del cuerpo: “Microplastic pollution has been detected in human blood for the first time, with scientists finding the tiny particles in almost 80% of the people tested” (2021) este acercamiento muestra cómo en un alto porcentaje de la población de estudio hay presencia de plástico

El modelo de mercado en el que la mayoría del mundo habita se caracteriza por una relación de intercambio comercial entre dos grandes actores: oferentes y demandantes. Esta relación se basa en los criterios del consumidor para elegir en el mercado, y se ha demostrado su influencia en diversos estudios, que van desde neurológico hasta lo cultural. Sin embargo, lo que es cierto de este proceso de decisión es que es todo, menos eficiente y cuidadoso del medio ambiente. Sea cual sea la perspectiva que se asuma, fundamentalmente el hombre consume conforme su estructura afectiva le impulse y motive. Cuando aquí se hace referencia a una estructura, se habla de ese impulso motor que da fuerza a la voluntad para actuar. Se puede traducir este concepto como los requerimientos que motivan a tomar decisiones.

Esta estructura se ampara, tal como se ha expresado, en la libertad, que es

lo que se presume ocurre en el mercado. Sin embargo, en medio de la constitución del mercado han ocurrido diferentes procesos que han dado lugar a la instauración de condiciones, deseos y propósitos que han enmarcado en el tablero de las opciones unos ámbitos ciertamente restringidos. Esas restricciones han venido configurándose a lo largo del tiempo por diferentes canales, tal como lo expresa Günther (2011):

En efecto, ya está decidido que nosotros hemos de tomar la resolución como consumidores de radio o televisión: es decir, como seres, que estamos condenados a contentarnos con fantasmas del mundo en vez de experimentar el mundo y que ya apenas deseamos otra cosa, incluidas otras formas de libertad de elección, o quizás ya no podemos imaginarlas (p. 19).

Así, la afectividad y el aflorar de lo espiritual —que en los griegos fuera atribuido a los dioses— se han convertido en fantasmas cuyo origen no se reconoce, y mucho menos su valor. En el mundo griego, era claro de dónde provenía ese enamoramiento, ese gozo; el deseo de lucha, guerra, encaminado a la inspiración, a la influencia, a la injerencia de un dios. En la actualidad, ese dios se ha convertido en un fantasma que no se identifica, no se reconoce y ni siquiera se pregunta. Esto es básicamente así

porque no se trata de un fenómeno que ha ocurrido de un momento a otro, representa un trabajo consistente que involucra generaciones enteras de hombres que han anclado en su profundidad deseos, anhelos, amores, sentires, que han idealizado mediante la influencia del mercado.

Es en el orden de la forma en el que se presenta la expresión de esos fantasmas, que se manifiestan en temores, deseos, impulsos, pulsiones, incluso reflejos. Esos fantasmas se han denominado y descrito de diversos modos. En el mundo contemporáneo, han sido contextualizados a partir de la psicología del consumidor, que no es otra cosa que una manera de entender cómo instrumentalizar y encauzar de una manera determinada los fantasmas que rondan la vida de los consumidores, toda una tecnología de la manipulación de las afectaciones. Esto resume la explicación de los desbalances claramente irracionales del consumo en contraste con las necesidades reales.

Así, para transformar las acciones directas del consumo, es preciso reconocer cómo nuestra estructura afectiva se encuentra comprometida con el ideal de progreso, el éxito y el entender generalizado de la competencia capitalista. Tal

como lo indicaba Becker (2003). "Las personas no se vuelven esclavas por un mero interés propio calculado; la esclavitud reside en el alma, como reivindicó Gorky" (p. 194). Experimentar alternativas de vida implica, naturalmente, experimentar una concepción del mundo completamente diferente, una que permita a los hombres sentir, desear y querer de otro modo; que deje de lado diferentes fenómenos que se derivan del actual sentir, como la necesidad de reconocimiento, exhibición, comparación, divulgación, entre otros. A continuación, se presentan algunas de estas expresiones del individuo contemporáneo y su correspondiente aporte en la situación ambiental.

La lucha contra el fracaso y el impacto ambiental

Mostrar las distintas formas en que se manifiesta el temor al fracaso y su impacto en el problema ambiental es determinante a la hora de dimensionar el alcance que tiene un horizonte de comprensión de la vida capitalista actual. El primer fenómeno derivado de la lucha ante el fracaso está asociado evidentemente con el reconocimiento, vinculado a su vez de manera estrecha con el logro de aceptación. Los individuos contemporáneos, quizá como nunca se ha experimentado, se encuentran en un perma-

nente afán por lograr ser reconocidos en un escenario; este afán tiene una de sus evidencias más palpables en las redes sociales; sin embargo, no son las únicas.

En la búsqueda de este reconocimiento, los parámetros mediante los cuales se busca el reconocimiento determinan los niveles de consumo. Como es previsible, es la oferta la que establece estos patrones de consumo. De hecho, el motor que en parte impulsa determinadas acciones en el proceder humano se enmarca en el deseo por considerar algo representativo en valor. Este valor se estima en términos del reconocimiento. Tal como lo afirma Sam Keen en el prólogo a la *Negación de la muerte de Becker* (2003),

Organizar una matanza en el campo de los negocios o en el de batalla, por lo común, tiene menos relación con las necesidades económicas o la realidad política que con la necesidad de convencernos a nosotros mismos de que hemos conseguido algo de un valor duradero (p.12).

La noción de "algo de valor duradero" implica en nuestros días, a nivel individual, un reconocimiento que avale las acciones o un *me gusta* obtenido en redes sociales.

Esta avidez de reconocimiento y de certificación de las acciones impli-

ca una volatilidad de la novedad, pues el reconocimiento solo se garantiza en términos de la dinámica del contenido propuesto. Hay distintos niveles de comprensión de este fenómeno, y también elevados niveles de consumo innecesario. Así en realidad, una gran proporción de la población mundial tiene más cosas de las que necesita, únicamente por la exigencia de ganar reconocimiento. Este fenómeno se produce en medio de un mundo caracterizado por una estructura en la que la libertad es esgrimida como una actividad que mantiene las necesidades.

El fracaso, cobijado por el ideal de éxito contemporáneo, marca una línea clara acerca de cómo se debe alcanzar el éxito y cómo debe reconocerse en los otros el logro de "metas". Estos estándares están establecidos por la adquisición innecesaria de bienes que rebasan tanto las necesidades como las posibilidades de los individuos. El reflejo de este fenómeno está en los niveles de endeudamiento de los individuos. Los logros son muy específicos, muy positivos; sin ánimo a la resistencia, se orientan en una dirección precisa. Esta dirección en la que se enfocan los intereses de consumo se promueve, no por una actividad externa, sino como una fuerza interna.

En la práctica, nadie nos obliga a consumir y, por ende, nadie nos obliga a cambiar de celular, televisión, vehículo; sin embargo, la fuerza que impulsa a realizar la compra proviene de la cultura y expresa en la interioridad de cada individuo:

La coacción engendrada por uno mismo se presenta como libertad, de modo que no es reconocida como tal. El tú puedes incluso ejercer más coacción que el tú debes. La coacción propia es más fatal que la coacción ajena, ya que no es posible ninguna resistencia contra sí mismo (Han, 2014, p. 9).

Ante su vacío interior, el individuo busca llenar con productos su insignificancia vital, la existencia aterradora. En la sociedad contemporánea se conjuran dos expresiones del comportamiento del individuo: la primera, una insignificancia originaria ante la inminente finalidad de la vida —ahora presentada en términos de insignificancia social—, que en cierto modo se ha trasladado a la insignificancia originaria por la incapacidad de librarse de la muerte (Becker y Sánchez, 2003), y que se atenúa con la muerte social, el fracaso, la ausencia de poseer determinados bienes y productos.

En términos generales, dado que la coacción que se produce al respecto del consumo y de sus diversas formas no

obtiene mayor resistencia, pues proviene de un motor profundamente arraigado en la estructura afectiva del hombre, las actividades asociadas que generan efecto ambiental están determinadas por el fracaso:

Una y otra vez el mundo nos impone el fracaso. Incurrimos en errores, cometemos delitos, perdemos las oportunidades, y todo esto se convierte en los recuerdos de la incapacidad de nuestra vocación. Con qué fuerza endemoniada el mundo nos anula. Las formas más sutiles de sufrimiento que conoce el hombre se relacionan con las humillaciones venenosas inherentes a estos resultados. Y son experiencias humanas básicas. Un proceso tan omnipresente y duradero, es evidentemente una parte integral de la vida (Schoeck, 1969, p. 86).

Lo expresado por Schoeck tiene que ver con cómo, claramente, la presión ante el fracaso se torna en un impulso que guía la actividad vital del individuo contemporáneo y determina su impulso laboral, así como su dicha ante los labores que realiza. Aunque resulten agobiantes y distantes de una realidad distinta al consumo, tanto el trabajo como la compra se enraízan profundamente en la noción de fracaso establecida por el modelo económico de organización imperante. En suma, las diferentes orientaciones que asume tanto el comporta-

miento de la oferta como de la demanda terminan por afectar considerablemente el rumbo del ambiente, el consumo de combustibles fósiles, la generación de residuos sólidos, el vertimiento de tóxicos en las fuentes hídricas, etc. Se trata de efectos de una lucha con la noción de fracaso económico, que establece que hay que tener determinado número de bienes o servicios. Esto no quiere decir otra cosa: el estado del medio ambiente es un problema eminentemente estructural y subsidiario de la afectividad del hombre, expresada en su estado comportamental. El hombre siente, desea y se considera desde el ideal de éxito expuesto por el neoliberalismo: su vida en general quiere, desea y lucha para evitar el fracaso en el que naturalmente se encuentra; recurre al hogar, a la salud, al medio, al ecosistema y al ecosistema de sus herederos con el firme propósito de no ser un fracaso.

Reconocer que existe en el fondo de los hombres un temple anímico capitalista es considerar un panorama mucho más arduo en el proyecto de recuperar el planeta, pues el consumismo se ha incrustado de manera tan profunda en la vida del individuo contemporáneo que ante todo requiere no fracasar.

El hombre lucha casi constantemente porque *no disminuya* su importancia

orgánica, pero como también es, principalmente, un organismo simbólico, esta lucha por la disminución de su ser se efectúa en los niveles más nimios de la complejidad simbólica. Ser opacado por otros individuos significa ser atacado en un nivel básico de la duración del organismo. Perder, ser de segunda categoría, no ser igual a los hombres mejores y más encumbrados activa el centro nervioso de la angustia. (Becker, 1977, p. 32).

El hecho de que estemos estructurados en términos afectivos al interior del capitalismo implica que los efectos ambientales solamente van a tender a disminuir en la medida en que se conviertan en un tema vinculado al éxito dentro del modelo; es decir, que la consciencia de los efectos ambientales tiene que partir de una vinculación directa de la oferta y la demanda. En el sentido expuesto por Lipovetsky (2016), el ambiente tiene que incluirse en la agenda de la ligereza del consumismo de masas; no es posible que se llegue a un consumo responsable por vía de la propia responsabilidad y lo que ella demanda o del compromiso con el medio ambiente. La ruta más segura es mediante aquello que involucre moda, consumo y estatus. La configuración afectiva del hombre actual hace inviable el comportamiento reflexivo que contemple de frente la tragedia que implica el deterioro ambiental: es preciso

que se considere solamente lo fugaz, lo que involucre el disfrute momentáneo, sin consideraciones adicionales. Es por esta razón que se ha hecho inviable la intención de consumir recursos sin comprometer los de las generaciones futuras (Brundtland, 1987). Construir un cambio en los modos de vida capitalista requiere un compromiso serio que involucre una consideración profunda de los medios, y que sea suficiente para cambiar la meta a la que se dirigen las masas tanto de oferentes como demandantes, sin embargo, las condiciones actuales no son garantía para establecer este rumbo:

Lo que promueve el capitalismo de seducción es un mundo cotidiano dominado por los signos de la diversión y la negación de lo trágico. No se trata ya de elevar los espíritus, de inculcar valores superiores, de formar ciudadanos ejemplares, sino de divertir para vender mejor. No se trata ya de una cultura del sentido y el deber, sino de la evasión, del ocio, del derecho a la despreocupación. La ligereza de los signos y del sentido ha invadido la esfera de la vida cotidiana (Lipovetsky 2016, p. 30)

Conclusiones

El cambio climático resulta ser un problema del cual hay mucha difusión. Sin embargo, los datos no reflejan un panorama alentador al respecto, lo que indica que los estados no hacen

lo suficiente para garantizar un comportamiento económico responsable. El estado actual del problema se puede explicar, en la medida que el patrón de consumo de los individuos contemporáneos va más allá de un asunto momentáneo o de educación, a partir de la una reflexión acerca de cómo la estructura afectiva, el motor vital, se encuentra invadida en su totalidad por el neoliberalismo. Lo que quiere decir que el hombre contemporáneo no solamente tiene una economía neoliberal sino un estado de ánimo neoliberal, una afectividad neoliberal, que implica una condición que dificulta las acciones a favor de combatir el cambio climático.

El individuo contemporáneo está atravesado por el fracaso: este dejó de ser una meta y se transformó en la única meta. El temor a fracasar ha llevado a que el cambio climático antropogénico siga aumentando su impacto, en la medida en que el éxito se ve reflejado en un aumento de productos y servicios que termina en un mayor uso de combustibles fósiles, más desechos, más contaminación de fuentes hídricas, aire altamente contaminado, entre otras consecuencias. Así, solo se vislumbra que pueda llegarse a una oferta y demanda responsable con el medio ambiente en la medida en que se incorpore dentro de los factores que de-

terminan el éxito, y que contribuyan a la lucha contra el fracaso como expresiones de moda, estatus, ligereza.

Bibliografía

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la Ilustración* (Vol. 63). Ediciones Akal.
- Becker, E. (1977). *La lucha contra el mal*. Fondo de cultura económica
- Becker, E. y Sánchez, A. (2003). *La negación de la muerte*. Kairós.
- Calvento, M. (2006). Fundamentos teóricos del neoliberalismo: su vinculación con las temáticas sociales y sus efectos en América Latina. *Convergencia*, 13(41), 41-59.
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.
- Brundtland, G. (1987). *El desarrollo sostenible. Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo. Asamblea General de las Naciones Unidas*. <https://desarrollosostenible.wordpress.com/2006/09/27/informe-brundtland>
- Guerrero, E.; Rangel, M. y López Pérez, S. (2017). Predicción del calentamiento global mediante el desarrollo de un modelo de series de tiempo. *Ambiente y Desarrollo*, 21(40), 125-139. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.ayd21-40.pcgm>
- Günther, A. (2011) *La obsolescencia del hombre. Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*. (Vol. 1). Pretextos.
- Han, B. C. (2014). *La agonía del Eros*. Herder.

- Heidegger, M. (2003). AF) Aportes a la filosofía (acerca del evento). Ed.: F.W. von Herrmann. Trad. D. Picotti. Almagesto–Biblos.
- Illouz, E. (2020). *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas* (Vol. 3104). Katz Editores.
- IPCC (2021) Meeting Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change Expert Meeting on Communication [Lynn, J., M. Araya, Ø. Christophersen, I. El Gizouli, S.J. Hassol, E.M. Konstantinidis, K.J. Mach, L.A. Meyer, K. Tanabe, M. Tignor, R. Tshikalanke, J.-P. van Ypersele (eds.)]. World Meteorological Organization.
- Kaza, S.; Yao, L.; Bhada-Tata, P. y Van Woerden, F. (2018). What a waste 2.0: a global snapshot of solid waste management to 2050. World Bank Publications.
- Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza*. (Vol. 501). Anagrama.
- López, M. Á. A. (2021). El cambio climático: negacionismo, escepticismo y desinformación. *Tabula rasa*, (37), 283-301.
- Macedo, O. (2019). Hacia una reflexión sobre la crisis ambiental. Max Horkheimer y Günther Anders: Afán de dominio y desfase prometeico. *Bajo Palabra*, (21), 81–95. <https://doi.org/10.15366/bp2019.21.004>
- Marcuse, H. (1987). *El hombre unidimensional*. Ariel.
- Schoeck, H. (1969). *Envy*. Liberty Press.
- Wallace-Wells, D. (2019). *El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento*. Debate.
- Zaar, M. H. (2021). Cambio climático antropogénico y decrecimiento. *Ar@cne. Revista Electrónica de Recursos en Internet sobre Geografía y Ciencias Sociales*, 25.